

El conejo de Pascua



Había una vez un conejito que vivía en un cerro lleno de árboles de aceitunas. Todos los días venían muchos niños a jugar al cerro. Al conejito le encantaba oír la risa de los niños pero lo que más le gustaba era la voz del hombre joven que a veces jugaba con ellos. Cuando se cansaban, se sentaban en círculo y el hombre joven les hablaba con esa voz tan dulce y hermosa que hacía suspirar al conejo. Entonces se acercaba para oír mejor y algún niño pequeño lo acariciaba mientras oían al Amigo Grande.



MISIONES FAMILIARES 2022

PARROQUIES Montornès
SANT SADURNI · MARE DE DÉU DEL CARMÉ

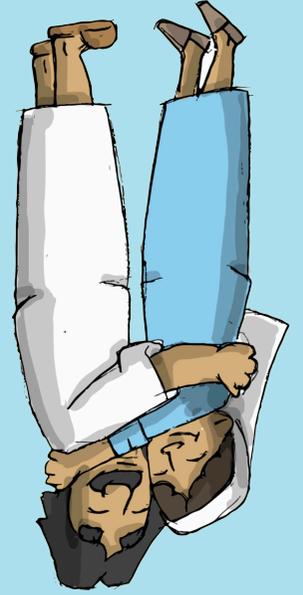
www.parroquiesmontornès.org



COMO VIVIMOS LA FE ES LO QUE SOMOS

2

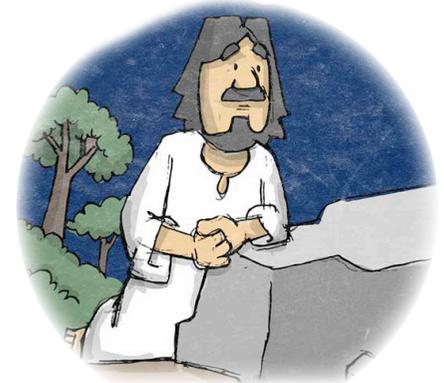
Cuando caía la tarde, los niños se levantaban para regresar a sus casas y entonces sus caras resplandecían con la misma bondad que brillaba en el Amigo. Y el conejito se iba a su cueva con el corazón lleno de felicidad. Algunas veces, una mujer tan hermosa y dulce como el Amigo joven venía acompañada por otras mujeres. Traían comida para todos y después se quedaban un rato escuchando las historias del Amigo Grande.



3

4

—Leo en tu pensamiento, Blanquito —le dijo el Amigo— pero es preciso que yo muera. No llores así de fuerte que no podrás oírme y tengo algo importante que decirte. Curioso y asustado, se calló Blanquito para oír al Amigo —Cuando yo muera —prosiguió el Amigo— los niños van a estar muy tristes porque no saben que al tercer día voy a resucitar. —¿Qué es resucitar?, pensó con tristeza el conejito. —Resucitar —dijo el Amigo— es estar de nuevo vivo.

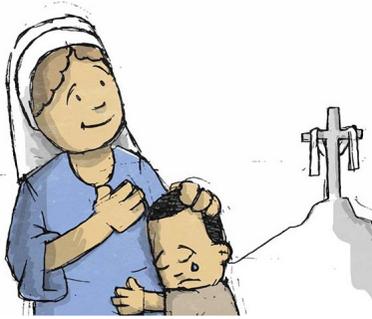


Cierta noche, Blanquito, que así se llamaba el conejito, sintió ruido en su cerro, y como era curioso, corrió a ver de qué se trataba. Tres hombres roncaban junto a unas piedras y más allá, sí, estaba el Amigo Grande! Corrió sin hacer ruido hasta donde se encontraba de rodillas. La hermosa cara del Amigo reflejaba mucha pena y también algo de miedo. Blanquito hubiera querido consolarlo pero como era solo un pobre conejito, se echó a llorar a mares, con todas sus fuerzas, sintiendo la pena y el miedo del Amigo.

Entonces Él lo vio. Lo tomó sobre su corazón y le empezó a explicar con su preciosa voz serena, que lo llenaba de emoción. —Mira Blanquito, van a venir luego unos hombres a buscarme porque me van a matar. El conejo pensó rápidamente que con sus colmillos iba a hacer una cueva grande, grande para esconder al Amigo.

5

Entonces al conejito le dieron ganas de reír de pura felicidad. Decía Él, que era necesario que muriera, pero le había explicado que después iba a volver a vivir, “Yo quiero que resucite enseguida, pensó el conejito; así los niños se alegrarán mañana al verlo”.



¿Cómo voy a saber que es el tercer día? —pensó— porque los conejitos no van a la escuela, no saben contar.

El Amigo leyó su pensamiento, y le dijo: —Cuando Yo muera y se ponga el sol, va a ser una oreja. Al otro día, cuando se ponga el sol, va a ser la otra oreja. Y el día que venga después, va a ser el hocico. Ese va a ser el tercer día; entonces, voy a resucitar y tú serás el encargado de decirle a los niños.

—Pero si yo no sé hablar— pensó Blanquito.

—Escucha Blanquito, el día de mi resurrección, tú vas a poner huevos de chocolate para los niños, al pie de los olivos. Se rio Blanquito, pensando que el Amigo no sabía que los conejos no saben poner huevos como las gallinas. Pero más tranquilo, con la esperanza de la resurrección se fue a dormir a su cueva.

Al otro día vio que en el cerro frente al suyo se elevaban tres cruces de madera, que antes no estaban. Hubiera querido ir a mirar, ¡era tan curioso! pero había mucha gente y las personas mayores lo asustaban. Más tarde, cuando casi todos habían bajado, se atrevió Blanquito a correr al otro cerro. En la cruz del medio estaba clavado y atado el Amigo.



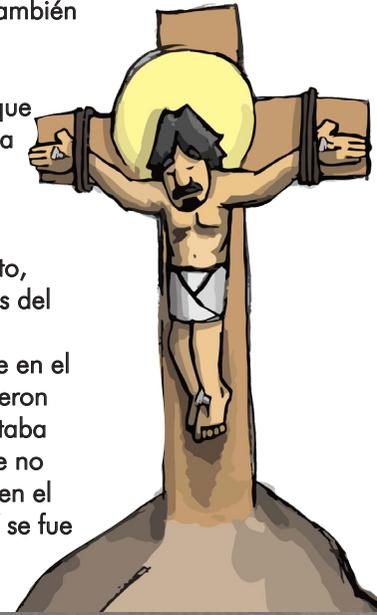
6

Debajo, esa mujer que tantas veces había visto acompañando al Amigo en el cerro de los niños, lloraba al lado de las mujeres y de un muchacho, a quien Blanquito también había visto con el Amigo.

Entonces el conejito creyó que no podía soportar tanta pena y la tierra tembló... y el sol empezó a oscurecerse.

Una oreja, —pensó Blanquito, acordándose de las palabras del Amigo.

El día siguiente fue muy triste en el cerro, pues los niños no vinieron a jugar. Cuando el sol se estaba escondiendo, el conejito que no hacía otra cosa que pensar en el Amigo, dijo: “Otra oreja”. Y se fue a acostar.

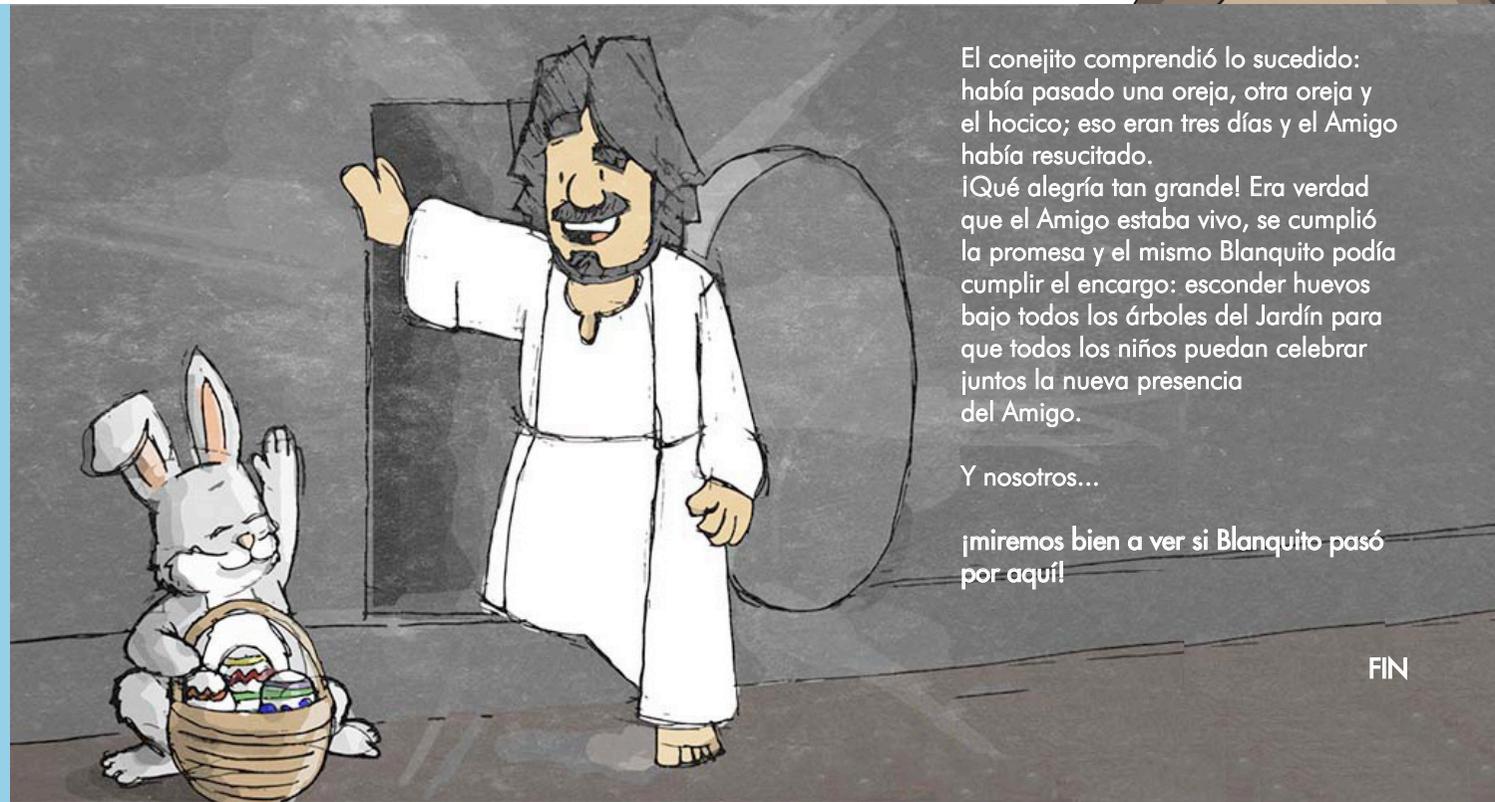


7

8

Despertó tempranito, con nuevas energías. Limpió la cueva y estaba desayunando aceitunas caídas, cuando sintió un gran alboroto en el bajo. Se acercó corriendo a investigar lo sucedido. Era la mujer hermosa y las otras. Ahora, en el día de la cola, sus caras resplandecían de felicidad, y decían: Ha resucitado”. “El hocico”, pensó el conejito. Y se sentó al pie de un árbol para saborear tanta alegría.

Con sus patas se puso a jugar con las aceitunas diciéndose: ¡EL AMIGO HA RESUCITADO!, y de pronto se dio cuenta de que cada aceituna que él tocaba se transformaba en un rico huevo de chocolate... y se acordó de la petición del Amigo: «el día del hocico tu vas a poner huevos para los niños».



El conejito comprendió lo sucedido: había pasado una oreja, otra oreja y el hocico; eso eran tres días y el Amigo había resucitado.

¡Qué alegría tan grande! Era verdad que el Amigo estaba vivo, se cumplió la promesa y el mismo Blanquito podía cumplir el encargo: esconder huevos bajo todos los árboles del Jardín para que todos los niños puedan celebrar juntos la nueva presencia del Amigo.

Y nosotros...

¡miremos bien a ver si Blanquito pasó por aquí!

FIN